CAPÍTULO IX

Los pollos hacen de las suyas.

SOLEDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño, Arturo, decía; él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¡esto no se puede aguantar! y todo por el don José de la Luz, por ese taimado del compadre. Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva, y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Pío Prieto y Arturo.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

—¿Qué hay? exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una mujer quería hablarle.

—Quiere ver á usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un *vol-au-vent* de ostiones y dos copas de Madera, en unión de Pío Prieto, un pollo que más adelante daremos á conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, á quien dió orden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pío Prieto.

—Chico, ponte en pie la cosa es grave.

—¿Qué sucede? dijo Pío Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pollos son *muy hombres*.

—De un rapto, le dijo Arturo al oído.

—¡Hombre! exclamó Pío Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos á casa por mi revólver; ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo*, dijo Pío Prieto; para afectar serenidad.

Salieron, llegaron á la esquina de los portales y Arturo dió tres palmadas.

—¿Coche? preguntó Pío Prieto; pero si ya es muy tarde; espera, allá viene uno; es de los de *la busca*.

Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez á doce. Son los coches que quedan esperando lances de á esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos

y la criada; dió orden Arturo de parar en su casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero de fieltro; se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento después paraba el coche á la puerta de la casa de doña Lola.

—¿Qué hacemos? preguntó Pío Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos á Concha.

—¡Pero su madre....!

—La matamos.

—Hombre, ¡qué barbaridad! ¿Y don José?

—También lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pío Prieto.

—No, chico, no me digas, que donde haya hombres.....

—Pues aquí hay un hombre y una mujer; subamos.

—Adelante, dijo Pío Prieto.

Al acabar de subir la escalera, se encontraron á Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pío Prieto y Soledad.

—No respira, dijo Arturo.

—¿Muerta? preguntó Pío Prieto temblando.

—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno; nos la llevaremos al coche.

Arturo, en lugar de contestar, levantó á Concha por la cintura.

Pío Prieto la levantó también.

Soledad procuraba arreglarle la ropa; la tomó sus preciosos pies, que iba acariciando en la oscuridad.

Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían; sólo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo que se dirigía á la puerta de la calle.

Pío Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los pies.

Ya llegaban al zaguán, cuando se oyó en medio del patio una carcajada.

Los pollos estuvieron á punto de soltar la carga.

—¡Es Casimira! dijo Soledad; es la bizca malvada, que todo lo ha visto; ¡pronto, pronto!

Aquella carcajada tenía algo de siniestro.

El grupo llegó á la puerta á tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se la llevan á la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines! ¡Adiós, Conchita la sacristana; adiós primor, mosquita muerta! ¡Adiós!

Don José de la Luz y D.ª Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? preguntó D.ª Lola.

—¡Qué ha de suceder! contestó Casimira desde el patio, ¡que se llevan á la sacristana!

—Pero ¿quién es la sacristana? preguntó D. José.

—Ella, decía Casimira; su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, D. José, corra usted; ahí están en la puerta, ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hija! gritó D.ª Lola; ¡D. José de mi alma!

—¡Voy corriendo!

Y D. José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el patio, corrió, se lanzó hacia la puerta y saltó á la banqueta á tiempo que partía el coche.

—¡Corre, ó te mato! se oyó gritar á Arturo, y en seguida tronó el látigo del cochero.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalación, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detrás del coche, gritando: ¡atájenlo!; pero sus gritos no se oían, hasta que

¡Ay D. José! ¡Ay D.ª Lola!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

al fin se paró, falto de aliento, sin poder ni gritar; ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venía corriendo.

—No..... los pude..... alcanzar..... rugió D. José.

Doña Lola tampoco podía hablar por la fatiga, y se sentó junto á don José.

Estuvieron esperando á que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente á sus pulmones.

El aire les dió gusto y le permitió decir á D.ª Lola:

—¡Ay D. José!

Y á D. José le permitió el aire contestar:

—¡Ay D.ª Lola!

Esta escena patética terminó porque D. José y D.ª Lola se fueron por donde habían venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó doña Lola, la bizca la dijo:

—En el 3 vive el *ispetor;* ¿voy á llamarlo? preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, D. José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo sepamos con quién se fué.

—¡Cómo con quién! con el niño Arturo; ¡con quién había de ser! con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted, D.ª Lola? dijo don José.

—Quiere decir que me la tenían amasada, dijo D.ª Lola, poniéndose en jarras; pero ya lo verán, qué buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrín, dijo Casimira. ¿Llamo al *ispetor?*

—Espérate, se apresuró á decir don José. Subamos, D.ª Lola, y hablaremos del asunto; por ahora cerraremos.

—Pero ¿quién les abrió? preguntó doña Lola.

—¡Vaya! exclamó Casimira, la Soledad, la del 14, que también es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espiando; por señas que se han llevado á Conchita privada.

—¡Privada! gritó D.ª Lola. ¡Si le habrán dado un bebistrajo, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No, dijo Casimira, es que le dió sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalambró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene.....

—¿Qué dice usted, D. José?

—¿Qué dice usted, D.ª Lola? ¡Qué desgracia!

Ya algunos vecinos habían despertado, y otros entreabrían sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podía para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece á usted que hagamos, D. José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo ó dejarlos; no hay más.

—¡Dejarlos! ¡Pues no faltaba más!

—Porque..... vea usted; si meneamos la justicia, á la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo sale de la cárcel y.....

Intempestivamente, D.ª Lola lanzó un aullido, y después otro, y después otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa; el aullido es característico en la mujer del pueblo; el mentado do de pecho y el mi bemol son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como D.ª Lola.

No bien hubo ésta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡que se desahogue! Déjela usted, D. José.

Con esta sanción de Casimira, doña Lola tomó aliento, se lució.

Y aquell aullido, vibrando en los aires sonoro y prolongado, fué la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razón, la causa de aquellas notas altas.

No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo, dijo una.

—Era preciso, dijo otra vecina.

—¡Vaya! á mí eso no me coge de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse; yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fué?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche; ¡pues no!

—¡Ah!.... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada; vale más buen acomodo que mal casamiento; así fué mi madre, y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de D.ª Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.

CAPÍTULO X

Comienza la hoja de servicios de don Jacobo.

A don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó sólo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El jefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos después se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la población, y á los veinte minutos más, la nación tenia á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

—¿Qué hay? exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una mujer quería hablarle.

—Quiere ver á usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un *vol-au-vent* de ostiones y dos copas de Madera, en unión de Pío Prieto, un pollo que más adelante daremos á conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, á quien dió orden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pío Prieto.

—Chico, ponte en pie la cosa es grave.

—¿Qué sucede? dijo Pío Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pollos son *muy hombres*.

—De un rapto, le dijo Arturo al oído.

—¡Hombre! exclamó Pío Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos á casa por mi revólver; ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo*, dijo Pío Prieto; para afectar serenidad.

Salieron, llegaron á la esquina de los portales y Arturo dió tres palmadas.

—¿Coche? preguntó Pío Prieto; pero si ya es muy tarde; espera, allá viene uno; es de los de *la busca*.

Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez á doce. Son los coches que quedan esperando lances de á esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos

y la criada; dió orden Arturo de parar en su casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero de fieltro; se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento después paraba el coche á la puerta de la casa de doña Lola.

—¿Qué hacemos? preguntó Pío Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos á Concha.

—¡Pero su madre....!

—La matamos.

—Hombre, ¡qué barbaridad! ¿Y don José?

—También lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pío Prieto.

—No, chico, no me digas, que donde haya hombres.....

—Pues aquí hay un hombre y una mujer; subamos.

—Adelante, dijo Pío Prieto.

Al acabar de subir la escalera, se encontraron á Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pío Prieto y Soledad.

—No respira, dijo Arturo.

—¿Muerta? preguntó Pío Prieto temblando.

—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno; nos la llevaremos al coche.

Arturo, en lugar de contestar, levantó á Concha por la cintura.

Pío Prieto la levantó también.

Soledad procuraba arreglarle la ropa; la tomó sus preciosos pies, que iba acariciando en la oscuridad.

Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían; sólo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo que se dirigía á la puerta de la calle.

Pío Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los pies.

Ya llegaban al zaguán, cuando se oyó en medio del patio una carcajada.

Los pollos estuvieron á punto de soltar la carga.

—¡Es Casimira! dijo Soledad; es la bizca malvada, que todo lo ha visto; ¡pronto, pronto!

Aquella carcajada tenía algo de siniestro.

El grupo llegó á la puerta á tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se la llevan á la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines! ¡Adiós, Conchita la sacristana; adiós primor, mosquita muerta! ¡Adiós!

Don José de la Luz y D.ª Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? preguntó D.ª Lola.

—¡Qué ha de suceder! contestó Casimira desde el patio, ¡que se llevan á la sacristana!

—Pero ¿quién es la sacristana? preguntó D. José.

—Ella, decía Casimira; su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, D. José, corra usted; ahí están en la puerta, ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hija! gritó D.ª Lola; ¡D. José de mi alma!

—¡Voy corriendo!

Y D. José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el patio, corrió, se lanzó hacia la puerta y saltó á la banqueta á tiempo que partía el coche.

—¡Corre, ó te mato! se oyó gritar á Arturo, y en seguida tronó el látigo del cochero.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalación, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detrás del coche, gritando: ¡atájenlo!; pero sus gritos no se oían, hasta que

¡Ay D. José! ¡Ay D.ª Lola!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

al fin se paró, falto de aliento, sin poder ni gritar; ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venía corriendo.

—No..... los pude..... alcanzar..... rugió D. José.

Doña Lola tampoco podía hablar por la fatiga, y se sentó junto á don José.

Estuvieron esperando á que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente á sus pulmones.

El aire les dió gusto y le permitió decir á D.ª Lola:

—¡Ay D. José!

Y á D. José le permitió el aire contestar:

—¡Ay D.ª Lola!

Esta escena patética terminó porque D. José y D.ª Lola se fueron por donde habían venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó doña Lola, la bizca la dijo:

—En el 3 vive el *ispetor;* ¿voy á llamarlo? preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, D. José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo sepamos con quién se fué.

—¡Cómo con quién! con el niño Arturo; ¡con quién había de ser! con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted, D.ª Lola? dijo don José.

—Quiere decir que me la tenían amasada, dijo D.ª Lola, poniéndose en jarras; pero ya lo verán, qué buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrín, dijo Casimira. ¿Llamo al *ispetor?*

—Espérate, se apresuró á decir don José. Subamos, D.ª Lola, y hablaremos del asunto; por ahora cerraremos.

—Pero ¿quién les abrió? preguntó doña Lola.

—¡Vaya! exclamó Casimira, la Soledad, la del 14, que también es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espiando; por señas que se han llevado á Conchita privada.

—¡Privada! gritó D.ª Lola. ¡Si le habrán dado un bebistrajo, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No, dijo Casimira, es que le dió sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalambró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene.....

—¿Qué dice usted, D. José?

—¿Qué dice usted, D.ª Lola? ¡Qué desgracia!

Ya algunos vecinos habían despertado, y otros entreabrían sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podía para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece á usted que hagamos, D. José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo ó dejarlos; no hay más.

—¡Dejarlos! ¡Pues no faltaba más!

—Porque..... vea usted; si meneamos la justicia, á la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo sale de la cárcel y.....

Intempestivamente, D.ª Lola lanzó un aullido, y después otro, y después otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa; el aullido es característico en la mujer del pueblo; el mentado do de pecho y el mi bemol son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como D.ª Lola.

No bien hubo ésta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡que se desahogue! Déjela usted, D. José.

Con esta sanción de Casimira, doña Lola tomó aliento, se lució.

Y aquell aullido, vibrando en los aires sonoro y prolongado, fué la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razón, la causa de aquellas notas altas.

No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo, dijo una.

—Era preciso, dijo otra vecina.

—¡Vaya! á mí eso no me coge de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse; yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fué?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche; ¡pues no!

—¡Ah!.... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada; vale más buen acomodo que mal casamiento; así fué mi madre, y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de D.ª Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.

CAPÍTULO X

Comienza la hoja de servicios de don Jacobo.

A don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó sólo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El jefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos después se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la población, y á los veinte minutos más, la nación tenia á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.